

el cartero



Davin Brin

Esta es la historia de una gran mentira que llega a convertirse en una importante verdad. La historia de un hombre que llega a ser una leyenda. Todo empieza en una época futura, próxima a la que estamos viviendo, en los oscuros días siguientes a una limitada pero devastadora guerra en los que un puñado de hombres y mujeres sólo cuentan con enfermedad y hambre, miedo y brutalidad en su lucha para sobrevivir. Gordon Krantz es uno de esos hombres, un narrador itinerante, una especie de juglar, que vive de relatar las obras de los clásicos en los pueblos del noroeste. Una noche, Gordon se apropia de la chaqueta y la bolsa de un cartero, fallecido tiempo atrás, para protegerse del frío. Cuando, tras esto, llega a un pueblo, se da cuenta de que el viejo uniforme es como un símbolo de esperanza en la vuelta de una época que se fue...

*A Benjamín Franklin
genio tortuoso,
y a Lisístrata,
que intentó serlo.*

PRESENTACIÓN

El cartero, una de las mejores novelas de ciencia ficción publicadas durante los años ochenta (apareció en 1985 para ser más exactos), es obra de una de las revelaciones del género en esa década: David Brin. Fue precisamente el indiscutible éxito de crítica y público de Marea estelar (1983), El cartero (1985) y La rebelión de los pupilos (1987) lo que provocó que Brin fuera aclamado entonces como la mayor promesa de la ciencia ficción mundial.

En efecto, en una votación realizada por los lectores de la influyente revista Locus y cuyos resultados se publicaron en septiembre de 1988, David Brin, bajo el epígrafe de «autor favorito de los años ochenta», ocupaba la primera posición, seguido de cerca por Orson Scott Card y, algo más de lejos, por Lucius Shepard. La idea de esa votación era centrarse precisamente en autores que habían iniciado su carrera en los años ochenta. Ese era el caso de Brin, cuya famosa serie de la Elevación de los pupilos, iniciada con Navegante solar (1980), culminó (por aquel entonces) con los éxitos indiscutibles de Marea estelar (1983) y La rebelión de los pupilos (1987).

Sin embargo, al margen de esa serie de indiscutible valor, Brin sorprendió a todos con El cartero (1985), una esperanzadora y emotiva historia de cómo, en un mundo asolado por un holocausto atómico, un personaje que en principio solo se preocupa de su propia supervivencia acaba convirtiéndose en catalizador de un cambio largos años esperado.

Resulta fácil aceptar que la trama de *El cartero* es simple, ya que la fuerza de la novela reside en la forma sencilla y efectiva en que Brin va narrando unos hechos que, no por previsibles, resultan menos interesantes.

En el mundo descrito en la obra, el holocausto atómico y el invierno nuclear ha puesto a la civilización de rodillas. El caos se ha generalizado y solo existen poblaciones aisladas sin ninguna conexión ni gobierno central.

En ese mundo desolado y, lo que es más grave, desesperanzado, Gordon Krantz es un vagabundo a quien los bandidos han despojado de todo. Por suerte, y también para beneficio de la civilización, Gordon encuentra el cadáver de un cartero cuyo uniforme tomará para resguardarse del frío.

Al llegar al primer pueblo y ante las expectativas que su presencia como funcionario despierta, Gordon desarrolla la idea de unos Estados Unidos Restablecidos. Todos creen, quieren creer, que es cierta la existencia de un servicio de correos centralizado, y eso anuncia el resurgimiento de la organización social. Nace el mito.

Y los mitos son poderosos.

Convertido muy a su pesar en el emblema de una nueva era, Gordon deberá luchar para transformar en verdad la más egoísta de las mentiras.

Algo tan simple y, gracias a la capacidad narrativa de David Brin, tan potente y sugestivo, no podía pasar desapercibido. *El cartero* obtuvo con el premio Locus de 1986 el reconocimiento de los exigentes y especializados lectores de la revista homónima, al tiempo que obtenía un premio más difícil y elitista como el John C. Campbell Memorial, otorgado por un jurado de expertos compuesto por reconocidos estudiosos y escritores de la ciencia ficción mundial. Haber quedado finalista de los premios Hugo y Nébulas, asimismo, otra muestra palpable del éxito de *El cartero* entre el público lector (avalado por el premio Hugo) y entre los miembros de la Sociedad Norteamericana de Es-

critores de Ciencia Ficción (que otorga el Nébulas, que viene a convertirse así en el Oscar de la ciencia ficción).

Era fácil prever que, ante ese material y ante el espectacular crecimiento del interés del cine por la ciencia ficción, El cartero haya sido llevada a la pantalla. Kevin Costner es el patrocinador más conocido de ese proyecto.

Aunque mientras escribo esta presentación apenas sé prácticamente nada de la película de Kevin Costner, lo cierto es que ese filme ha sido una buena excusa para incorporar una novela importante a nuestra serie de ciencia ficción. El cartero se publicó cuando NOVA todavía no existía, y bueno es aprovechar cualquier excusa para incrementar nuestros fondos con títulos que pueden ser considerados, en cierta forma, clásicos.

Nuestros lectores habituales saben que en la colección NOVA, iniciada en 1988 y especializada en ciencia ficción, escasean los títulos clásicos que ya publicaron en su momento otros editores. También saben que, poco a poco, como mínimo una vez al año, vamos incorporando a nuestra colección títulos en cierta forma inolvidables en la historia del género. Aunque a veces se trate de una operación arriesgada en el aspecto comercial, considero imprescindible incluir en NOVA algunos clásicos indiscutibles, que acompañen a los buenos títulos del presente que, esos sí, están siempre en nuestra colección.

De ahí las reediciones, concebidas a veces como homenaje, que aparecen con cierta periodicidad en NOVA. Además, la particular y sesgada historia de la edición de obras de ciencia ficción en España me permite encontrar de vez en cuando algún clásico incuestionable o algún título, para mí esencial, que se publica en castellano por primera vez. Así ocurrió en 1997 con Tau cero (1971, NOVA, número 95) de Poul Anderson, que conseguimos presentar al fin, tras varios años de perseguir los derechos.

Homenaje fue la publicación de Ciudadano de la galaxia (1957) de Robert A. Heinlein (NOVA ciencia ficción, nú-

mero 18), en 1989, un año después de la muerte de un autor de gran importancia en el género. También un homenaje, aunque de otro tipo, fue *Cántico* por Leibowitz (1960) de Walter M. Miller Jr., publicada en 1992 (NOVA ciencia ficción, número 47). Huelga decir que es una de las mejores novelas que ha ofrecido la ciencia ficción de todos los tiempos y que aguardamos expectantes su continuación, obra póstuma de un autor irrepetible.

Cuando en 1991 emprendimos la publicación íntegra y ordenada de la serie de *Los señores de la Instrumentalidad* de Cordwainer Smith (NOVA ciencia ficción, números 37, 38, 59 y 70), incluyendo textos hasta entonces inéditos en formato de libro en todo el mundo, ya no se trataba de una simple reedición de un clásico, sino de una labor editorial que me pareció de estricta necesidad para rendir justicia a una de las obras y a uno de los autores más fascinantes de la ciencia ficción de todos los tiempos.

En 1993, el clásico de NOVA ciencia ficción fue, como en 1997, una novela inédita en España: *Misión de gravedad* (1953) de Hal Clement. Se publicó en el número 55 de la colección, precisamente tras los cuarenta años de éxito editorial en todo el mundo que hicieron de ella la novela emblemática de la ciencia ficción hard; obra que se centra con maestría en los aspectos científicos y tecnológicos que requiere este tipo de narrativa.

Cronopaisaje (1980) de Gregory Benford (NOVA ciencia ficción, número 66) fue, en 1994, nuestro clásico. Se trata sin lugar a dudas de la mejor novela sobre la relación entre ciencia y ciencia ficción. A esta obra siguió, al año siguiente, la edición íntegra, en un único volumen, de todos los relatos de la conmovedora saga de *El pueblo de Zenna Henderson* (NOVA ciencia ficción, número 75).

Como puede verse, desde 1989 publicamos, como mínimo, un título «clásico» cada año. Para los curiosos diré que el de 1990 fue *Radix* (1981) de A. A. Attanasio, en el número 27 de la colección; un libro sorprendente y una im-

presionante muestra de la desbordante imaginación que solo la mejor ciencia ficción es capaz de ofrecer. Tal vez un «clásico» particular de este editor que, sin ningún complejo, reivindica el derecho a sus propias filias...

De la misma manera, nuestro «clásico» de 1996 fue otro de esos títulos que el editor considera imprescindibles aun cuando, tal vez, no sean por desgracia excesivamente famosos.

Se trata del maravilloso Rito de cortejo (1982) de Donald Kinsbury, publicado en el número 82 de la colección. Esta obra, comparada frecuentemente con e/DuNE de Frank Herbert, surca con mayor seguridad que la anterior los mares de una brillante ciencia ficción centrada en la antropología, pero no olvida las raíces ecológicas de la misma ni la interesante psicología de sus personajes.

Estoy convencido de que la perspectiva ofrecida por estos títulos «clásicos» permite apreciar mejor la riqueza de la moderna ciencia ficción y entender también su evolución, que está construida precisamente en torno a los hitos que ciertos títulos, ya históricos, representaron en su tiempo.

Bienvenida sea, pues, la película de Kevin Costner; aunque solo haya servido como excusa para incorporar El cartero (1985) de David Brin a nuestra colección.

Debo decir que, no habiendo visto todavía la película, siento cierto temor ante la posibilidad, más que fundada, de que se dé un tratamiento exageradamente patriótico alterna de la novela. El que la noticia del proyecto de Kevin Costner se comunicara el mismo año del gran éxito de un filme como Independence Day, no me tranquiliza en absoluto.

En cualquier caso, y con la esperanza de que Costner haya sabido reproducir el tono de lo que es una de las mejores obras épicas de la ciencia ficción norteamericana de los años ochenta, les dejo, de momento, con la novela. Tal como expresa Tom Easton en su comentario publicado en marzo de 1986 en la revista Analog, El cartero, obra maes-

tra de impactante fuerza emotiva, incluye: «Una premisa de gran ingenio y una historia maravillosamente esperanzadora, cálida y humana.» Y eso, en los tiempos que corren, no es poco...

Ojalá Kevin Costner lo haya respetado en su versión cinematográfica.

Miquel Barceló

AGRADECIMIENTOS

Al autor le gustaría expresar su agradecimiento a aquellos que le cedieron tan generosamente su tiempo y sabiduría durante el desarrollo de este libro.

A Dean Ing, Diane y John Brizzolara, Astrid Anderson, Greg Bear, Mark Grygier, Douglas Bolger, Kathleen Retz, Conrad Halling, Pattie Harper, Don Coleman, Sarah Barter, y al Dr. James Arnold, que contribuyeron con sus acertados comentarios.

Especialmente, me gustaría dar las gracias a Anita Ever-son, Daniel J. Brin, Kristie McCue y al profesor John Lewis por sus importantes indicaciones.

Gracias también a Lou Aronica y a Bantam Books, por su excelente ayuda y comprensión, y a Shawna Mc Carthy, de Davis Publications, por lo mismo.

Y, finalmente, mi agradecimiento a las mujeres que he conocido, quienes nunca han dejado de sorprenderme, justamente cuando más satisfecho me hallaba de mí mismo y más necesitaba ser sorprendido, y que me han hecho parar a reflexionar.

Hay poder en eso, dormitando bajo la superficie. Y hay magia.

David Brin
Abril 1985

PRELUDIO

TRECE AÑOS DE DESHIELO

Aún soplaban helados vientos. Caía una nieve cenicienta. Pero el antiguo mar no tenía prisa.

La Tierra había girado seis mil veces desde que florecieron las llamas y murieron las ciudades. Ahora, tras dieciséis recorridos del Sol, ya no se elevaban volutas de hollín en los bosques incendiados, transformando el día en noche.

Seis mil ocasos habían llegado y se habían ido —brillantes, anaranjados, glorificados por el polvo en suspensión— desde que los altos y ardientes embudos perforaron la estratosfera y la llenaron de diminutas partículas de roca y tierra. La oscurecida atmósfera dejó pasar menos luz solar y el frío hizo su aparición.

Apenas importaba ya qué lo había provocado: un gigantesco meteorito, un enorme volcán o una guerra atómica. Las temperaturas y las presiones se descompensaron y soplaron grandes vientos.

Por todo el norte caía una nieve sucia y, en algunos lugares, ni siquiera el verano la hacía desaparecer.

Sólo el Océano, atemporal y obstinado, resistente al cambio, importaba realmente. Oscuros cielos habían venido y desaparecido. Los vientos producían atardeceres ocres y sombríos. En algunos lugares el hielo se acumulaba, y los mares menos profundos empezaban a descender.

Pero la decisión del Océano era lo único importante, y aún no había sido expresada.

*La Tierra giraba. Los hombres seguían luchando, aquí y
allá.*

Y el Océano exhaló un suspiro de invierno.

I — LAS CASCADAS

1

Entre el polvo y la sangre, con el agudo olor del pánico clavado en la nariz, la mente de un hombre a veces atrae hacia sí extrañas correlaciones. Después de pasar media vida en el salvajismo, en su mayor parte dedicada a luchar para sobrevivir, Gordon todavía se asombraba de que aquellos oscuros recuerdos afluyeran a su mente cuando se hallaba en pleno combate a vida o muerte.

Jadeando bajo la reseca maleza, reptando con desesperación para encontrar un refugio, de pronto acudió a su mente una imagen tan nítida como las polvorientas piedras que estaban debajo de él. Era un recuerdo por contraste: una tarde lluviosa en una cálida y segura biblioteca de universidad, hacía mucho tiempo; un mundo perdido lleno de libros, música y despreocupadas divagaciones filosóficas.

«Palabras sobre papel».

Arrastrando el cuerpo entre correosos y duros helechos casi pudo ver las letras, negro sobre blanco. Y aunque no logró recordar el nombre del autor, las palabras le llegaron con gran claridad.

«Salvo la Muerte misma, no existe nada que constituya una derrota «total»... Nunca se produce un desastre tan devastador que no permita que una persona decidida rescate algo de las cenizas, arriesgando todo aquello que le ha quedado...

»Nada en el mundo es más peligroso que un hombre sumido en la desesperación».

Gordon deseó que el escritor, fallecido hacía tiempo, estuviese allí en aquellos momentos, compartiendo su situación. Se preguntó a qué podría agarrarse el tipo en la *presente* catástrofe.

Cubierto de arañazos y contusiones a causa de su desesperada huida entre aquella densa vegetación, reptó tan silenciosamente como pudo, deteniéndose para yacer inmóvil y cerrar los ojos con fuerza cada vez que el polvo en suspensión parecía a punto de hacerle estornudar. Era un lento y doloroso avance, y ni siquiera estaba seguro de adónde se dirigía.

Pocos minutos antes se hallaba tan cómodo y bien provisionado como cualquier viajero solitario podría esperar en aquellos días. Ahora, Gordon se había quedado con no mucho más que una camisa rota, unos vaqueros gastados y unos mocasines; y las espinas los estaban haciendo trizas.

Un agudo dolor seguía a cada nuevo arañazo en los brazos y espalda. Pero en esta pavorosa jungla, seca como un hueso, no cabía hacer nada excepto arrastrarse hacia adelante y rezar para que el tortuoso sendero no lo devolviera a sus enemigos, que en realidad ya le habían matado.

Al fin, cuando había empezado a pensar que la infernal espesura no terminaría nunca, apareció un claro ante él. Una angosta hendidura dividía los helechos y daba paso a un declive de rocas desprendidas. Gordon se vio libre de las espinas, rodó hasta quedar de espaldas y miró hacia el brumoso cielo, agradeciendo simplemente el aire no contaminado por el calor de la seca podredumbre.

Bienvenido a Oregón —pensó amargamente—. *Y yo que creía que Idaho era malo.* —Alzó un brazo y trató de quitarse el polvo de los ojos—. *¿O sólo es que me estoy haciendo demasiado viejo para este tipo de cosas?*

Después de todo, ya había sobrepasado los treinta, expectativa de vida bastante superior a la normal para una